



**DIOS SE DEJA
ESTREMECER
POR EL DOLOR
Y LA SÚPLICA
DE QUIEN
SUFRE.**



Marcos 7,24-30

**“Mujer: por eso
que has dicho,
el demonio
ha salido
de tu hija.”**



¡Lo que puede la súplica de una madre! La de esta mujer la podemos considerar un modelo de oración humilde y confiada. La mujer, en lugar de sentirse ofendida, reconoce lo que es, no se quiere poner por encima de lo que le está diciendo Jesús, pero usa sus mismas palabras para arrebatarle el milagro: “Sí, Señor, dices bien, soy un perrito, pero déjame comer de las migajas que los niños tiran”.



Ante la aspereza que muestra Jesús, aquella madre, llena de dolor y de valor, no se siente ofendida: su dolor no tiene límites, y su coraje para afrontarlo tampoco. Y ante las “razones del corazón” y la súplica y réplica de aquella madre que sufre por su hija, el corazón de Jesús se estremece y se rinde. Jesús rompe las barreras de leyes y nacionalidades y se desborda para sanar y liberar a quien sufre.



Mientras que los judíos
despreciaban la gracia de
Jesús esta madre se conforma
con las migajas. ¡Cuánta
enseñanza para nosotros!
Abandonados en las manos de
Dios, no desistamos ni nos
desanimemos en la oración: no
sabemos qué nos dará Dios,
pero seguro que no nos dejará
con las manos vacías, sobre
todo si reconocemos con
humildad lo que somos: unos
pobres pecadores.



Esta vez Jesús, intentando
ocultarse y no llamar la atención,
se ve vehementemente
interpelado. Quizás también nos
pase que, buscando pasar
desapercibidos, con una fe tibia y
una bondad cómoda, nos
encuentra alguien que nos
reclama atención, que pide que le
abramos el corazón y
compartamos con él, aunque sean
las migajas. Pues seamos fieles a
Dios y generosos con todos,
siempre.



Sea tu fe grande:

**confiada,
perseverante
y humilde.**